

Introducción

First of all, the whole problem of cultural history appears to us as a historical problem. In order to understand history, it is necessary to know not only how things are, but how they have come to be.

FRANZ BOAS¹

Los temas de investigación, así como los problemas que los conforman, no están ahí graciosamente frente a los ojos del investigador para su entendimiento: son una construcción analítica que sucede a las formas de comprender, lo cual, de por sí, tiene lugar en el tiempo y en el espacio en el que se encuentra ese investigador. Pensamos que, en el caso de nuestro objeto de estudio, muchos ojos e interpretaciones nos anteceden con total propiedad; no somos originales en nuestra aproximación, pero pretendemos serlo en la forma de plantear y comprender los problemas que desplegamos según observamos el tema en sí mismo.

Nos proponemos realizar un recorrido que va de lo universal a lo particular, partiendo de la ineludible pertinencia que supone definir eso que es general y envuelve y determina nuestro objeto, para alcanzar su comprensión como parte constitutiva e indivisible de ese universo en el que se halla inserto. Tal recorrido se desplaza históricamente sobre un proceso conocido y altamente debatido: desde la captura y control de América luego de la expansión peninsular, hasta dibujar esas regiones que luego serán Venezuela, especialmente en sus primeros tres siglos de existencia. En ese marco temporal y espacial surgirá una sociedad, o bien un abanico de sociedades asidas a la diversidad natural en donde fueron fijadas, que interpretaremos en su complicada relación con el contexto fenoménico y morfológico en el que desarrollaron su existencia.

De entrada, tropezamos con la dificultad de una definición. La sociedad que surgió y se desenvolvió en América entre los siglos XVI y XIX ofrece una serie de problemas

¹ BOAS, 1920, p. 314.

interpretativos que figuran un asunto conflictivo desde su origen. Aquello que llamamos *sociedad colonial hispanoamericana* condensa un espectro de tensiones que se asoman con su sola denominación. Es, ante todo, un problema categorial múltiple sumido en océanos discursivos especialmente historiográficos.

Los discursos de la investigación científica no operan sobre palabras, únicamente sujetas a su compromiso etimológico y a sus diferentes acepciones, sino sobre categorías con funciones conceptuales, analíticas y descriptivas, cuyo compromiso es epistemológico. Tales categorías están dotadas de contenidos que, a su vez, hallan sentido en ciertos universos de interpretación. Las disciplinas científicas figuran esos universos, y los discursos que despliegan al respecto, además, poseen sentidos y contenidos que permiten las funciones de esas categorías de acuerdo con sus ámbitos de interpretación y corrientes teóricas. Conceptos científicos paradigmáticos como «función» y «sistema», por ejemplo, no significan exactamente lo mismo en biología que en sociología. Y esto se complica aún más si tales conceptos se orientan en relación con ciertas corrientes teóricas.

Decir «sociedad colonial hispanoamericana», por tanto, no solo supone un problema con relación a «colonía» o «Hispanoamérica»; lo es también la definición de *sociedad*. Cada una de estas categorías cuenta con significados asidos a contextos semánticos historiográficos, sociológicos, antropológicos, entre otros, cuya función puede alcanzar matices metodológicos e incluso ideológicos. En nuestro caso, intentaremos elaborar una definición que, ante todo, se ubique en el extremo opuesto de las ideologías, todas ellas.

Asimismo, ciertos aspectos que son transversales al problema, o los problemas, de aquella sociedad se anteponen a su interpretación. Algunos de ellos los seguiremos como derroteros analíticos. Es el caso de la noción de *implantación*, que conduce a comprender la fundación de aquella sociedad, sus conflictos originales, las diferentes formas en que los resolvió o los reprodujo en el tiempo y en el espacio, sus sucesivas cristalizaciones, su consolidación, hasta llegar al cese de su eficacia. La forma en la que fue implantada esta sociedad, e incluso todas sus variaciones históricas y geográficas, es determinante en sus resultados posteriores, ya cercanos o inmediatos, como en sus manifestaciones de mayor alcance en el tiempo.

Otro aspecto que representa un derrotero interpretativo en esa dirección subyace a la noción braudeliana de *fijeza*, la cual, según el maestro francés, supone ese afianzamiento a los espacios que observaba en las grandes civilizaciones, a partir de la cual las sociedades producen relaciones con la naturaleza que las envuelve en sus asentamientos. Aquí se impone una discusión con este concepto al observarlo con relación al caso hispanoamericano, pues no estamos hablando de una «civilización» ni de una fijeza construida por su asentamiento milenario, sino de una fijación impuesta por intereses de expansión, luego imperiales. La gran utilidad metodológica y analítica del término nos permite esta extrapolación, y su aplicación, aquí por negación, da cuenta de tal utilidad.

Parece que el ejemplo más accesible continúa todavía siendo el de la coacción geográfica. El hombre es prisionero, desde hace siglos, de los climas, de las vegetaciones, de las poblaciones animales, de las culturas, de un equilibrio lentamente construido del que no puede apartarse sin correr el riesgo de volverlo a poner todo en tela de juicio.

Considérese el lugar ocupado por la trashumancia de la vida de montaña, la permanencia en ciertos sectores de la vida marítima, arraigados en puntos privilegiados de las articulaciones litorales; repárese en la duradera implantación de las ciudades, en la persistencia de las rutas y de los tráficos, en la sorprendente fijeza del marco geográfico de las civilizaciones.²

Llamaba la atención de Braudel la articulación complementaria entre *movilidad* y *estabilidad* en las civilizaciones, a lo que se refirió en diversas oportunidades a lo largo de su obra, insistiendo en la importancia del segundo aspecto, que entendía como «una historia casi inmóvil» que describía como «lenta en fluir y en transformarse, hecha no pocas veces de insistentes reiteraciones, de ciclos incesantemente reiniciados».³ En las largas duraciones que advirtió Braudel, comprendió que la fragua de las civilizaciones tenía lugar en esa estabilidad sobre el espacio, sin contradecir las expansiones geográficas, como una tozudez orgánica propia de las sociedades que acababa por anclarlas a sus asentamientos en una búsqueda incesante por el acomodo.

Podemos entender, sobre la base de estos argumentos, que la relación con la naturaleza no tiene lugar, en el caso hispanoamericano, como un proceso cultural, sino como un conflicto que se sucede a la sujeción de aquella sociedad a ese espacio, a esos ambientes, y a las regularidades fenoménicas con las que tuvo que convivir sin solución de continuidad. Lo que se presenta como un conflicto elemental en el caso de los asentamientos originales de civilizaciones o sociedades humanas —la resolución de la convivencia con la naturaleza, sus formas, manifestaciones y regularidades— aquí no fue resuelto por procesos culturales de articulación simbólica progresiva, sino por la propia implantación y sus despliegues materiales, sociales e históricos.

Las relaciones humanas que se produjeron durante la larga duración colonial entre todas las sociedades que acabaron conformando Hispanoamérica, así como aquellas producidas con la incommensurable variabilidad natural que se halla en semejante vastedad territorial, las podemos advertir y comprender a través del mismo proceso histórico que implantó y desarrolló esas sociedades. Sus resultados, sean los que fueren, se explican a partir de ese proceso, y no de otra manera.

Si aquel conflicto elemental derivó en formas vulnerables de existencia, en materialidades deficitarias, y en incomodidades largamente sostenidas, se debe a causalidades históricas que pueden advertirse analíticamente en la observación de ese proceso. Esto, que así entendemos en el caso de las regiones hoy venezolanas con relación al desarrollo de su existencia durante aquellos siglos, se convierte en tema y problema de investigación.

Todo lo que observamos al respecto, bajo un extenso entretejido documentado sobre aquel proceso, viene a dar en eso que llamamos «Venezuela», ardid metodológico que nos permite unificar en un solo objeto aquello que luego será, irreversiblemente, una unidad histórica y social. Ajustamos así a este caso de estudio la afirmación de Habermas:

² BRAUDEL, 1966, p. 71.

³ BRAUDEL, 1968, p. 16.

«La unidad de la historia es un resultado, y no algo garantizado desde el principio por el proceso de la formación de un sujeto que se generase a sí mismo».⁴

Venezuela no es una teleología que se desprende del tercer viaje de Colón o las perlas de Cubagua; es un resultado histórico que se va conformando, desde el siglo xvi en adelante, sobre esas regiones y las diferentes comunidades que allí se asentaron y se entrelazaron por implantación, fragmentadas geográfica e históricamente como realidad inexorable por trescientos años, y finalmente unificadas por recursos administrativos que la dotaron de instituciones cuya función insospechada va a ser, precisamente, la de conjuntar tales regiones como base territorial de su futuro republicano. De todo ello nos ocuparemos aquí, en el intento de plasmarlo con una mirada diferente a la de nuestros predecesores en el tema.

Este estudio cuenta con antecedentes que sirven de derroteros interpretativos. Otras investigaciones que hemos desarrollado sobre el tema y sus problemas son tributarias de este trabajo y sobre ellas, en más de una oportunidad, apoyaremos la información, datos, documentación y reflexiones.

Todo esto que esbozamos enhebra el esquema de este libro, distribuido en seis capítulos que escalan entre el análisis, la interpretación y la descripción. Desplegamos inicialmente, en los primeros dos capítulos, una plataforma teórica que soporta nuestro enfoque sobre los procesos históricos, con arreglo al eje analítico de la investigación: la implantación de la sociedad colonial hispanoamericana, su inexorable fijación al territorio, y su resultado regional vinculado al territorio hoy venezolano.

Sobre dicha plataforma interpretativa construimos la crítica a nuestro objeto de estudio, y la iniciamos, en el capítulo tercero, con la expresión que Pierre Chaunu utilizó para referirse a estas regiones en particular: «Los parientes pobres de Tierra Firme». A partir de este segmento realizamos una descripción densa de los siglos coloniales en este territorio, evidenciando su materialidad deficitaria y una equívoca relación con la naturaleza, sus morfologías y regularidades, como resultado concreto de su proceso histórico y social.

Del cuarto al sexto capítulo ahondamos en nuestro recorrido histórico trasladando la mirada hacia aspectos aún más específicos, directamente articulados con la propia existencia y el transcurrir de aquella sociedad en estos contextos ambientales y naturales. Proponemos, con base en todo lo anterior, que las relaciones producidas con esa naturaleza cristalizaron en forma de amenazas y multiamenazas, conformando graves y dilatasdas coyunturas desastrosas que alcanzaron la fase final del proceso colonial como adversidades directamente proporcionales al cese y al colapso de aquellas estructuras.

Finalmente, en nuestro epílogo realizamos una síntesis analítica de lo observado, concluyendo críticamente sobre el efecto de la implantación en la larga duración. Advertimos, sobre la base de la información tratada y el enfoque con el que nos aproximamos al proceso, que la producción y reproducción de estructuras vulnerables, la relación equívoca con la naturaleza, la conversión de las regularidades fenoménicas en amenazas in-

⁴ HABERMAS, 1996, p. 448.

salvables, la conformación de materialidades deficitarias como ambiente y contexto de existencia, y el enraizamiento de una pobreza endémica, representan algo más que una característica insoslayable de esos siglos, y se figuran como la sociedad colonial en sí misma, al menos en este caso.

Pensamos que, seguramente, no se trata de un ejemplo aislado y que sin duda muchas realidades de América Latina han de coincidir con buena parte de los resultados históricos observados. Estamos convencidos, por tanto, de que el análisis crítico de esa larga duración conduce a la comprensión de procesos de hondo calado estructural, conformadores de sociedades que alcanzaron la modernidad a zarpazos sin necesariamente haber transformado su condición más conspicua: la de realidades profundamente vulnerables.